

An abstract painting with a textured, canvas-like surface. The composition is dominated by large, overlapping shapes in shades of pink, magenta, grey, and brown. The brushstrokes are visible, creating a sense of movement and depth. The background is a dark, almost black, color that makes the other colors stand out.

SÓLO
UN BREVE
INSTANTE
AQUÍ



*Elogio de la ausencia
presente*

SÓLO UN BREVE
INSTANTE AQUÍ

Elogio de la ausencia presente

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas

Nombres: Quirarte, Vicente, 1954- , editor.

Título: *Sólo un breve instante aquí: elogio de la ausencia presente* / Vicente Quirarte, coordinador.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2020.

Identificadores: LIBRUNAM 2087238 | ISBN 978-607-30-3541-5.

Temas: Literatura mexicana. | Autores mexicanos.

Clasificación: LCC PQ7235.S65 2020 | DDC 860.9972—dc23

Primera edición: 15 de octubre de 2020

D. R. © 2020 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, 04510,

Ciudad de México

ISBN: 978-607-30-3541-5

Prohibida la reproducción total o parcial
por cualquier medio sin la autorización escrita
del titular de los derechos patrimoniales.

Esta edición y sus características son propiedad
de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Impreso y hecho en México.

SÓLO
UN BREVE
INSTANTE
AQUÍ

*Elogio de la ausencia
presente*



VICENTE QUIRARTE
Coordinador



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

MÉXICO 2020

Presentación

La memoria es frágil si no se afirma periódicamente. Ejercer el recuerdo y la añoranza son esencia de nuestro existir.

Vivir es crear memorias, removerlas y acomodarlas.

Es transitar entre el presente y el pasado.

Es tener nostalgia y escudriñar por lo extraviado, aunque no sepamos dónde.

Es sentir la intimidad de nuestro espíritu y recrearnos en el recuerdo.

Y en ello, la palabra es una fiel compañera.

Es la que da la alegría de la vida. Es aquella que se debe imponer, dando presencia a lo perdido. Es, como se señala en el epílogo, tener a los ausentes presentes.

Ésta es la razón de la antología, un homenaje a los que se fueron, con lo mejor de los que siempre estarán.



Dr. Enrique Graue Wiechers

Rector

Universidad Nacional Autónoma de México

Ihcuac thalhtolli ye miqui

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

En homenaje a Carlos Montemayor

Ihcuac thalhtolli ye miqui
Ihcuac tlahtolli ye miqui
mochi in teoyotl,
cicitlaltin, tonatiuh ihuan metztli;
mochi in tlacayotl,
neyolnonotzaliztli ihuan huelicamatiliztli,
ayocmo neci
inon tezcapan.
Ihcuac tlahtolli ye miqui,
mochi tlamantli in cemanahuac,
teoatl, atoyatl,
yolcame, cuauhtin ihuan xihuitl
ayocmo nemililoh, ayocmo tenehualoh,
tlachializtica ihuan caquiliztica
ayocmo nemih.
Inhuac tlahtolli ye miqui,
cemihcac motzacuah
nohuian altepepan
in tlaxexillotl, in quixohuayan.
In ye tlamahuizolo ocsetica
in mochi mani ihuan yoli in tlalticpac.

Cuando muere una lengua

MIGUEL LEÓN-PORTILLA

En homenaje a Carlos Montemayor

Cuando muere una lengua
las cosas divinas,
estrellas, sol y luna;
las cosas humanas,
pensar y sentir,
no se reflejan ya
en ese espejo.

Cuando muere una lengua
todo lo que hay en el mundo,
mares y ríos,
animales y plantas,
ni se piensan, ni pronuncian
con atisbos y sonidos
que no existen ya.

Cuando muere una lengua
entonces se cierra
a todos los pueblos del mundo
una ventana, una puerta,
un asomarse
de modo distinto
a cuanto es ser y vida en la tierra.

*Ihcuac tlahtolli ye miqui,
itlazohticatlahtol,
imehualizeltemiztli ihuan tetlazotlaliztli,
ahzo huehueh cuicatl,
ahnozo tlahtolli, tlatlauhtiliztli,
amaca, in yuh ocatcah,
hueliz occepa quintenquixtiz.
Ihcuac tlahtolli ye miqui,
occequintin ye omiqueh
ihuan miec huel miquizqueh.
Tezcatl maniz puztecqui,
netzatziliztli icehuallo
cemihcac necahualoh:
totlacayo motolinia.*

Cuando muere una lengua,
sus palabras de amor,
entonación de dolor y querencia,
tal vez viejos cantos,
relatos, discursos, plegarias,
nadie, cual fueron,
alcanzará a repetir.

Cuando muere una lengua,
ya muchas han muerto
y muchas pueden morir.
Espejos para siempre quebrados,
sombra de voces
para siempre acalladas:
la humanidad se empobrece.

Temilotzin icuic

*Ye ni hualla, antocnihuan in:
noconcozcazoya,
nictzinitzcamana,
nictlahquecholihumolohua,
nicteocuitla icuiya,
nicquetzalhuixtoilpiz
in icniuhyotli.
Nic cuicailacatzoa cohuayotli.
In tecpan nicquixtiz,
an ya tonmochin,
quin icuac tonmochin in otiyaque ye Mictlan.
In yuh ca zan tictlanehuico.*

*Ye on ya nihualla,
ye on ninoquetza,
cuica nonpictihuiz,
cuica nonquixtihuiz,
antocnihuan.
Nech hualihua teotl,
nehua ni xochhuatzin,
nehua ni Temilotzin,
nehua ye nonteicniuhtiaco nican.*

Poema de Temilotzin

He venido, oh amigos nuestros:
con collares ciño,
con plumajes de tzinitzcan doy cimientto,
con plumas de guacamaya rodeo,
pinto con los colores del oro,
con trepidantes plumas de quetzal enlace
al conjunto de los amigos.
Con cantos circundo a la comunidad.
La haré entrar al palacio,
allí todos nosotros estaremos,
hasta que nos hayamos ido a la región de los muertos.
Así nos habremos dado en préstamo los unos
a los otros.

Ya he venido,
me pongo de pie,
forjaré cantos,
haré que los cantos broten,
para vosotros, amigos nuestros.
Soy enviado de Dios,
soy poseedor de las flores,
yo soy Temilotzin,
he venido a hacer amigos aquí.

traducción de MIGUEL LEÓN-PORTILLA

*Procura desmentir los elogios
que a un retrato de la poetisa inscribió
la verdad, que llama pasión*

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Éste que ves, engaño colorido,
Que, del arte ostentando los primores,
Con falsos silogismos de colores
Es cauteloso engaño del sentido;
Éste, en quien la lisonja ha pretendido
Excusar de los años los horrores,
Y venciendo del tiempo los rigores
Triunfar de la vejez y del olvido,
Es un vano artificio del cuidado,
Es una flor al viento delicada,
Es un resguardo inútil para el hado:
Es una necia diligencia errada,
Es un afán caduco y, bien mirado,
Es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

Ante un cadáver

MANUEL ACUÑA

¡Y bien! Aquí estás ya..., sobre la plancha
donde el gran horizonte de la ciencia
la extensión de sus límites ensancha.

Aquí, donde la rígida experiencia
viene a dictar las leyes superiores
a que está sometida la existencia.

Aquí, donde derrama sus fulgores
ese astro a cuya luz desaparece
la distinción de esclavos y señores.

Aquí, donde la fábula enmudece
y la voz de los hechos se levanta
y la superstición se desvanece.

Aquí, donde la ciencia se adelanta
a leer la solución de ese problema
que solo al anunciarse nos espanta.

Ella, que tiene la razón por lema,
y que en tus labios escuchar ansía
la augusta voz de la verdad suprema.

Aquí está ya... tras de la lucha impía
en que romper al cabo conseguiste
la cárcel que al dolor te retenía.

La luz de tus pupilas ya no existe,
tu máquina vital descansa inerte
y a cumplir con su objeto se resiste.

¡Miseria y nada más!, dirán al verte
los que creen que el imperio de la vida
acaba donde empieza el de la muerte.

Y suponiendo tu misión cumplida
se acercarán a ti, y en su mirada
te mandarán la eterna despedida.

¡Pero no!..., tu misión no está acabada,
que ni es la nada el punto en que nacemos,
ni el punto en que morimos es la nada.

Círculo es la existencia, y mal hacemos
cuando al querer medirla le asignamos
la cuna y el sepulcro por extremos.

La madre es sólo el molde en que tomamos
nuestra forma, la forma pasajera
con que la ingrata vida atravesamos.

Pero ni es esa forma la primera
que nuestro ser reviste, ni tampoco
será su última forma cuando muera.

Tú sin aliento ya, dentro de poco
volverás a la tierra y a su seno
que es de la vida universal el foco.

Y allí, a la vida, en apariencia ajeno,
el poder de la lluvia y del verano
fecundará de gérmenes tu cieno.

Y al ascender de la raíz al grano,
irás del vergel a ser testigo
en el laboratorio soberano.

Tal vez para volver cambiado en trigo
al triste hogar, donde la triste esposa,
sin encontrar un pan sueña contigo.

En tanto que las grietas de tu fosa
verán alzarse de su fondo abierto
la larva convertida en mariposa,

que en los ensayos de su vuelo incierto
irá al lecho infeliz de tus amores
a llevarle tus ósculos de muerto.

Y en medio de esos cambios interiores
tu cráneo, lleno de una nueva vida,
en vez de pensamientos dará flores,

en cuyo cáliz brillará escondida
la lágrima tal vez con que tu amada
acompañó el adiós de tu partida.

La tumba es el final de la jornada,
porque en la tumba es donde queda muerta
la llama en nuestro espíritu encerrada.

Pero en esa mansión a cuya puerta
se extingue nuestro aliento, hay otro aliento
que de nuevo a la vida nos despierta.

Allí acaban la fuerza y el talento,
allí acaban los goces y los males
allí acaban la fe y el sentimiento.

Allí acaban los lazos terrenales,
y mezclados el sabio y el idiota
se hunden en la región de los iguales.

Pero allí donde el ánimo se agota
y perece la máquina, allí mismo
el ser que muere es otro ser que brota.

El poderoso y fecundante abismo
del antiguo organismo se apodera
y forma y hace de él otro organismo.

Abandona a la historia justiciera
un nombre sin cuidarse, indiferente,
de que ese nombre se eternice o muera.

Él recoge la masa únicamente,
y cambiando las formas y el objeto
se encarga de que viva eternamente.

La tumba sólo guarda un esqueleto
mas la vida en su bóveda mortuoria
prosigue alimentándose en secreto.

Que al fin de esta existencia transitoria
a la que tanto nuestro afán se adhiere,
la materia, inmortal como la gloria,
cambia de formas; pero nunca muere.

Para entonces

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

Quiero morir cuando decline el día,
en alta mar y con la cara al cielo,
donde parezca sueño la agonía
y el alma un ave que remonta el vuelo.

No escuchar en los últimos instantes,
ya con el cielo y con el mar a solas,
más voces ni plegarias sollozantes
que el majestuoso tumbo de las olas.

Morir cuando la luz triste retira
sus áureas redes de la onda verde,
y ser como ese sol que lento expira;
algo muy luminoso que se pierde.

Morir, y joven; antes que destruya
el tiempo aleve la gentil corona,
cuando la vida dice aún: “Soy tuya”,
aunque sepamos bien que nos traiciona.

En paz

AMADO NERVO

Muy cerca de mi ocaso, yo te bendigo, vida,
porque nunca me diste ni esperanza fallida,
ni trabajos injustos, ni pena inmerecida;

porque veo al final de mi rudo camino
que yo fui el arquitecto de mi propio destino;

que si extraje las mieles o la hiel de las cosas,
fue porque en ellas puse hiel o mieles sabrosas:
cuando planté rosales, coseché siempre rosas.

...Cierto, a mis lozanías va a seguir el invierno:
¡mas tú no me dijiste que mayo fuese eterno!

Hallé sin duda largas las noches de mis penas;
mas no me prometiste tan sólo noches buenas;
y en cambio tuve algunas santamente serenas...

Amé, fui amado, el sol acarició mi faz.
¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!

En memoria de mi perro

LUIS G. URBINA

Del raído jergón en que yacía
mi perro moribundo, alzó la testa,
la gran testa escultórica, orgulloso
y altivo, como un dios agonizante.
En sus ojos, profundos y febriles,
súbitamente se encendió un relámpago
de amor inmenso. Mi tristeza entonces
quiso asomarse a mis pupilas para
dar un adiós a aquel amor sublime.

La bestia, estremecida con temblores
de ternura, miró caer mi llanto,
y con un rudo y soberano gesto
de angustia y de dolor -¡Gracias!- me dijo.
Después, con lentitud doliente y grave,
tras la fatiga del supremo empuje,
como en un cabezal, reclinó el perro
la gran testa escultórica en el muro.
Pero sus ojos tristes, triste, tristes,
me siguieron hablando:

Es la primera
vez que no te obedezco, no me llames,
ya te voy a dejar, amado mío.

“Viví por ti, por ti, para atraerme
todas las emociones de tu alma,
tus goces, tus pesares y tus sueños;
para buscarte en todo, porque eras
mi única aspiración. A una caricia
de tu mano, a un acento, a una apacible
mirada, se dormían mis instintos,
y un ser inteligente, amable, dócil,
generoso, leal, siempre dispuesto
al sacrificio, fui, bajo el encanto
de tu voz, tu caricia o tu mirada.
¿Quién te amó más que yo, sin un instante
de duda, de desdén o de abandono;
sin una gratitud, sin un olvido,
sin dejar de ser tuyo, siempre tuyo?
Fui el compañero insomne de tus penas,
un guardia en el peligro. Fui tu siervo
en el placer, tu amigo en el quebranto,
tu jovial camarada en la alegría.
Acuérdate: se fueron los efímeros
amores, la ilusión y la esperanza;
cantando se alejó la nave de oro
y nos dejó en la orilla oscura y sola.
¿Qué te quedó del universo, oh pobre

soñador de remotos ideales?
Arriba, mucho cielo, el impasible;
abajo, mucha tierra, la infecunda.
Y yo que era la piedad; un átomo
de vida unido a ti por misteriosos
enlaces. Y marchamos. ¿Hacia dónde?
¿al bien? ¿al mal? No importa; íbamos juntos.
Yo fui el festejador de tus sonrisas,
el cantor de tus negras soledades,
yo vigilé tus tristes pensamientos,
yo comí el pan mojado con tus lágrimas.
En el silencio del hogar sin lumbre
yo consolé tus noches de delirio,
y clavando mis ojos en los tuyos
te pregunté ¿qué tienes? ¿por qué lloras?
Ya ves, me voy, te dejo; me entristece
pensar en que ya no habrá quien te acompañe
por el camino, como yo, besando
tus huellas en el polvo del sendero.
Te quedas con los hombres, los que olvidan,
los que traicionan, los que engañan, solo,
mirando hacia los cielos impasibles,
en pie sobre la tierra despiadada.
Mi muerte no es la tuya; tú sucumbes,

y, transformado, asciendes a otros mundos;
yo fui materia que te amó, no tengo
alma con que esperarte en otra vida.
Tú eres inmortal; sueñas que, errante,
por ese mar azul y luminoso,
buscarás, de astro en astro, la imposible
quimera de tu espíritu. Yo vuelvo
a pudrirme en el fango del que salen
el monstruo y el reptil, flores y estrellas.
Mascree en el amor, existe; mira,
soy una prueba de que existe: toma
aliento y fe de mi postrer mirada....”

Y un último relámpago en sus ojos
el amor encendió. –Gracias, le dije,
y me incliné a besar la moribunda
cabeza de aquel dios agonizante.

Los tardíos luceros de la noche
se desleían; un helado viento
como un soplo de muerte, recorría
la llanura en tinieblas; y en el fondo,
tras un alcor, un árbol se agitaba
como dedo que niega.

Lentamente,
sobre el negro ataúd del horizonte,
un crespón blanco apareció en la sombra
y se extendió como triunfal bandera
por el contorno azul de la montaña.

Yo, arrodillado en el jergón raído
en que mi perro agonizaba, estuve
por instantes sin fin, absorto en una
honda meditación. Un gran misterio
rodeábame...

Y uno de mis niños
se asomó a la ventana de la alcoba
y me gritó: Papá ¡muy buenos días!

Gavota

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Señor, Dios mío: no vayas
a querer desfigurar
mi pobre cuerpo, pasajero
más que la espuma del mar.

Ni me des enfermedad larga
en mi carne, que fue la carga
de la nave de los hechizos,
del dolor el aposento
y la genuflexión verídica
de tu trágico pavimento.

No me hieras ningún costado,
no me castigues a mi cuerpo
por haber vivido endiosado
ante la Naturaleza
y frente a los vertebrales
espejos de la belleza.

Yo reconozco mi osadía
de haber vivido profesando
la moral de la simetría.

Amé los talles zalameros
y el virginal sacrificio;
amé los ojos pendencieros
y las frentes en armisticio.

No tengo miedo de morir,
porque probé de todo un poco,
y el frenesí del pensamiento
todavía no me vuelve loco.

Mas con el pie en el estribo
imploro rápida agonía
en mi final hostería.

Para que me encomiende a Dios,
en la hostería, una muchacha,
con su peinado de bandós;
y que de ir por los caminos
tenga la carne de luz
de los peroles cristalinos.

Y que en sus manos, inundadas
de luz, mi vida quede rota
en un tiempo de gavota.

Último viaje

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

Camino del silencio
se ha ido. Va delante
de mí. Lleva su antorcha
a salvo ya de la traición del aire.
Va musitando el verso que no pudo
decir la última tarde.
Se perdió su sonrisa, y en sus ojos
tiembla el hondo pavor del que ya sabe.
Lo llamo, lo persigo. Ya no vuelve
el rostro a mí para decirme: “Padre,
ésta es mi juventud, yo te la entrego;
éste es mi corazón, y ésta es mi sangre.”
Cuando mis pasos, que la ausencia anima
y le siguen en pos, le den alcance,
juntos los dos ante el cristal que funde
liberadas del tiempo las imágenes,
veré su faz y miraré su frente
en el hombro paterno desmayarse.
Allí sabremos ambos quién ordena
partir un día, y la razón del viaje.

La señal funesta
ALFONSO REYES

I

Si te dicen que voy envejeciendo
porque me da fatiga la lectura
o me cansa la pluma, o tengo hartura
de las filosofías que no entiendo;

si otro juzga que cobro el dividendo
del tesoro invertido, y asegura
que vivo de mi propia sinecura
y sólo de mis hábitos dependo,

cítalos a la nueva primavera
que ha de traer retoños, de manera
que a los frutos de ayer pongan olvido;

pero si sabes que cerraré los ojos
al desafío de unos labios rojos,
entonces puedes darme por perdido.

II

Sin olvidar un punto la paciencia
y la resignación del hortelano,
a cada hora doy la diligencia
que pide mi comercio cotidiano.

Como nunca sentí la diferencia
de lo que pierdo ni de lo que gano,
siembro sin flojedad ni vehemencia
en el surco trazado por mi mano.

Mientras llega la hora señalada,
el brote guardo, cuido del injerto,
el tallo alzo de la flor amada,

arranco la cizaña de mi huerto,
y cuando suelte el puño del azada
sin preguntarlo me daréis por muerto.

Décima muerte

XAVIER VILLAURRUTIA

A Ricardo de Alcázar

I

¡Qué prueba de la existencia
habrá mayor que la suerte
de estar viviendo sin verte
y muriendo en tu presencia!
Esta lúcida conciencia
de amar a lo nunca visto
y de esperar lo imprevisto;
este caer sin llegar
es la angustia de pensar
que puesto que muero existo.

II

Si en todas partes estás,
en el agua y en la tierra,
en el aire que me encierra
y en el incendio voraz;
y si a todas partes vas
conmigo en el pensamiento,
en el soplo de mi aliento
y en mi sangre confundida,
¿no serás, Muerte, en mi vida,
agua, fuego, polvo y viento?

III

Si tienes manos, que sean
de un tacto sutil y blando,
apenas sensible cuando
anestesiado me crean;
y que tus ojos me vean
sin mirarme, de tal suerte
que nada me desconcierte
ni tu vista ni tu roce,
para no sentir un goce
ni un dolor contigo, Muerte.

IV

Por caminos ignorados,
por hendiduras secretas,
por las misteriosas vetas
de troncos recién cortados,
te ven mis ojos cerrados
entrar en mi alcoba oscura
a convertir mi envoltura
opaca, febril, cambiante,
en materia de diamante
luminosa, eterna y pura.

V

No duermo para que al verte
llegar lenta y apagada,
para que al oír pausada
tu voz que silencios vierte,
para que al tocar la nada
que envuelve tu cuerpo yerto,
para que a tu olor desierto
pueda, sin sombra de sueño,
saber que de ti me adueño,
sentir que muero despierto.

VI

La aguja del instantero
recorrerá su cuadrante,
todo cabrá en un instante
del espacio verdadero
que, ancho, profundo y señero,
será elástico a tu paso
de modo que el tiempo cierto
prolongará nuestro abrazo
y será posible, acaso,
vivir después de haber muerto.

VII

En el roce, en el contacto,
en la inefable delicia
de la suprema caricia
que desemboca en el acto,
hay un misterioso pacto
del espasmo delirante
en que un cielo alucinante
y un infierno de agonía
se funden cuando eres mía
y soy tuyo en un instante.

VIII

¡Hasta en la ausencia estás viva!
Porque te encuentro en el hueco
de una forma y en el eco
de una nota fugitiva;
porque en mi propia saliva
fundes tu sabor sombrío,
y a cambio de lo que es mío
me dejas sólo el temor
de hallar hasta en el sabor
la presencia del vacío.

IX

Si te llevo en mí prendida
y te acaricio y escondo,
si te alimento en el fondo
de mi más secreta herida;
si mi muerte te da vida
y goce mi frenesí,
¡qué será, Muerte, de ti
cuando al salir yo del mundo,
deshecho el nudo profundo,
tengas que salir de mí?

X

En vano amenazas, Muerte,
cerrar la boca a mi herida
y poner fin a mi vida
con una palabra inerte.
¡Qué puedo pensar al verte,
si en mi angustia verdadera
tuve que violar la espera;
si en vista de tu tardanza
para llenar mi esperanza
no hay hora en que yo no muera!

Día trece. El martes, de *Sinbad el varado*

GILBERTO OWEN

Pero me romperé. Me he de romper, granada
en la que ya no caben los candentes espejos biselados,
y lo que fui de oculto y leal saldrá a los vientos:

Subirán por la tarde purpúrea de ese grano,
o bajarán al ínfimo ataúd de ese otro,
y han de decir: “Un poco de humo
se retorció en cada gota de su sangre.”
Y en el humo leerán las pausas sin sentido
que yo no escribí nunca por gritarlas
y subir en el grito a la espuma de sueño de la vida.

A la mitad de una canción, quebrada
en áspero clamor de cuerda rota.

Si hubieras sido tú

ELÍAS NANDINO

A Xavier Villaurrutia

Si hubieras sido tú, lo que en las sombras, anoche,
bajó por la escalera del silencio
y se posó a mi lado,
para crear el cauce de acentos en vacío
que, me imagino, será el lenguaje de los muertos.
Si hubieras sido tú, de verdad, la nube sola
que detuvo su viaje debajo de mis párpados
y se adentró en mi sangre,
amoldándose a mi dolor reciente
de una manera leve, brisa, aroma,
casi contacto angelical soñado...
Si hubieras sido tú,
lo que apartando la quietud oscura
se apareció, tal como si fuera tu dibujo
espiritual que ansiaba convencerme
de que sigues, sin cuerpo, viviendo en la otra vida.
Si hubieras sido tú la voz callada
que se infiltró en la voz de mi conciencia,
buscando incorporarte en la palabra
que tu muerte expresaba con mis labios.
Si hubieras sido tú lo que al dormirme
descendió como bruma, poco a poco,

y me fue encarcelando
en una vaga túnica de vuelo fallecido...
Si hubieras sido tú la llama llama
que inquemante creó, sin despertarme
ni conmover el lago del azoro:
tu inmaterial presencia,
igual que en el espejo se sumerge
la imagen, sin herirle
el límpido frescor de su epidermis.
Si hubieras sido tú...

Pero nuestros sentidos corporales
no pueden identificar las ánimas.
Los muertos, cuando vuelven,
tal vez ya no posean
los peculiares rasgos
que nos pudieran dar
la inmensa dicha de reconocerlos.

¿Quién más pudo venir a visitarme?
Recuerdo que, contigo solamente,
platicaba del amoroso asedio
con que la muerte sigue a nuestra vida.
Y hablábamos los dos adivinando,

haciendo conjeturas,
ajustando preguntas, inventando respuestas,
para quedar al fin
sumidos en derrota,
muriendo en vida por pensar la muerte.
Ahora tú ya sabes descifrar el misterio
porque estás en su seno, pero yo...

En esta incertidumbre secretamente pienso
que si no fuiste tú lo que en las sombras, anoche,
bajó por la escalera del silencio
y se posó a mi lado,
entonces quizá fue
una visita de mi propia muerte.

Borrador para un testamento

EFRAÍN HUERTA

A Octavio Paz

I

Así pues, tengo la piel dolorosamente ardida de medio siglo,
el pelo negro y la tristeza más amarga que nunca.
No soy una lágrima viva y no descanso y bebo lo mismo
que durante el imperio de la Plaza Garibaldi
y el rigor en los tatuajes y la tuberculosis de la muchacha ebria.
Había un mundo para caerse muerto y sin tener con qué,
había una soledad en cada esquina, en cada beso;
teníamos un secreto y la juventud nos parecía algo dulcemente ruin;
callábamos o cantábamos himnos de miseria.
Teníamos pues la negra plata de los veinte años.
Nos dividíamos en ebrios y sobrios,
inteligentes e idiotas, ebrios e inteligentes,
sobrios e idiotas.
Nos juntaba una luz, algo semejante a la comunión, y
una pobreza que nuestros padres no inventaron
nos crecía tan alta como una torre de blasfemias.

Las piedras nos calababan. No nos calentaba el sol.
Una espiga nos parecía un templo
y en un poema cabía el universo del amor.
Dije “el amor” como quien nada dice o nada oye.

Dije amor a la alondra y a la gacela,
a la estatua o camelia que abría las alas
y llenaba la noche de dulce espuma.
He dicho siempre amor como quien todo
lo ha dicho y escuchado. Amor como azucena.
Todo brillaba entonces como el alma del alba.

¡Oh juventud, espada de dos filos! ¡Juventud
medianoche, juventud mediodía,
ardiente juventud de especie diamantina!

2

Teníamos más de veinte años y menos de cien
y nos dividíamos en vivos y suicidas.
Nos desangraba el cuchillo-cristal de los vinos baratos.
Así pues, flameaban las banderas como ruinas.
Las estrellas tenían el espesor de la muerte.
Bebíamos el amor en negras tazas de ceniza.
¡Ay ese amor, ese olor, ese dolor!
Esa dolencia en pleno rostro, aquella fatiga
de todos los días, todas las noches.

Éramos como estrellas iracundas:
llenos de libros, manifiestos, amores desolados,

desoladamente tristes a la orilla del mundo,
víctimas victoriosas de un
severo y dulce látigo de aura crepuscular.
Descubríamos pedernales-palabras.
dolientes, adormecidos ojos de jade
y llorábamos con alaridos de miedo
por lo que vendría después
cuando nuestra piel no fuera nuestra
sino del poema hecho y maltrecho,
del papel arrugado y su llama
de intensas livideces.

3

Después,
dimos venas y arterias,
lo que se dice anhelos,
a redimir el mundo cada tibia mañana;
vivimos
una lluvia helada de bondad.
Todo alado, musical, todo guitarras
y declaraciones, murmullos del alba,
vahos y estatuas, trajes raídos, desventuras.
Estaban todos –y todos construían su poesía.
Diría sus nombres si algunos de ellos

no hubiesen vuelto ya a la dorada tierra,
adorados, añorados cada minuto
–el minuterero es de piedra, sol y soledad–;
entonces, no es a los vivos sino a mis muertos
a quienes doy mi adiós, mi para siempre.

A ellos y por ellos
y por la piedad que profeso
por el amor que me mata
por la poesía como arena
y los versos, los malditos versos
que nunca pude terminar,
dejo tranquilamente

de escribir
de maldecir
de orar
llorar
amar.

Poema X de “Trayectoria del polvo”

ROSARIO CASTELLANOS

Hoy es en mí la muerte muy pequeña
Y grande la esperanza.
Ha soportado climas estériles y rudos,
ha atravesado nieblas y luces dolorosas
y ha desafiado al viento.

Ahora sabe que su ser es isla.
Para emerger acendra primero sus cimientos
y se ubica después sobre la espuma
disputando su patria palmo a palmo.
No ignora que el vacío la rodea
y siente la amenaza del gusano.
Pero edifica muros de arena, defendiéndose.
Tenaz e infatigable
elabora y destruye sus pompas de jabón
y es la aniquiladora y creadora de un cosmos
transfigurado y líquido.
Trabaja con la llama.
¡Cuántas formas modela, cuántas formas
duermen almacenadas en su seno!

Les dice un día fantasmas y otro les dice juego
Pero el nombre secreto en el que se refugia
como en la magia o en el sortilegio,
ese nombre es el nombre impalpable de Poesía.

No perturbéis la rosa con palabras impuras,
No violéis su perfume ni con el pensamiento.

Es la hora perfecta
en que la rama en el altar florece.

Permitid que florezca.
Es la última pasión, la última hoguera
crepitando en la nieve.

Dejadla que respire.

En sus escombros pacerá la muerte.

La tristeza terrestre

MARGARITA MICHELENA

Vivo a veces mi muerte. Me recuerdo.
Adivino mi rostro y sé mi nombre.
Y la puerta se abre. Y yo penetro
en mi primera identidad y salgo
de la casa fugaz de mi esqueleto.

Qué difícil volver, con la memoria
de aquella viva muerte que se tuvo.
Qué mirarse a sí mismo,
ya ser desconocido e increíble,
después de ver las fuentes y los prados
de la morada quieta y misteriosa.

Ya se es criatura despojada,
ángel triste y vacío, helada estrella,
vagando por el dédalo sonoro
de una desconocida sangre, por la patria
extraña de unos ojos,
después de haber pisado un umbral de centellas.

Y las manos, que brotan
como súbitos seres impensados.
Y esta ciudad equívoca del cuerpo
donde somos viajeros extraviados.

Y este volverse a ciegas
a la oculta potencia, al signo visto
que de terrible amor ha enamorado.

Todo ya en la comarca desolada
de los torpes sentidos,
cruzando por acequias estancadas,
por extraños países moribundos
de cabellos y piel, huesos y sangre,
hacia el nombre y el rostro ya sabidos.

Ya no se vive, no, como los otros,
con esta muerte de fulgor probada,
ni es nuestro ya el cadáver que devora
la muerte igual, la muerte que es de todos.

Y no sé si Dios manda
esta dulce visita tenebrosa,
este veneno altísimo y terrible
o si se escucha el canto de un demonio
detrás de esta nostalgia,
de este volver de nuestra muerte propia

Pero sé que es morir. De eso se muere
de jubiloso atisbo fulminante,
de tremenda memoria recobrada.
Y aquel que haya caído
alguna vez desde su propio cuerpo,
como si despertando bruscamente
se despeñara de una torre sorda,
andaré hasta la muerte como muerto.

Funerales I

JAIME GARCÍA TERRÉS

Pides que me levante. No podré.
Tengo las manos y los pies raídos
y un féretro de pino por encierro.
Lo sé, lo sé, las puertas de la casa
ya no sirven, igual que las ventanas;
es preciso pintar los cuatro muros,
cortar la yerba que se arremolina;
hace falta dinero para todo.
Y sé también que mi mujer me llama
cuando gimen los huérfanos o no se portan bien.
Pero se me han podrido las pupilas, los dedos,
vastas porciones de mi cuerpo, y pronto
perderé lo demás.
Mejor harías si dijeras
a los parientes más cercanos
que me sueñen, me traigan en su sangre
y riegues el ciprés que estás mirando,
una vez por semana cuando menos.
Tarde o temprano, necesariamente
vendrá la primavera;
querré sentirlo, cómo crece, cómo
van sus raíces absorbiendo muertes
para ayudarme a renacer un día
entre nuevos retoños y perfumes,
desnudo de mi carne y de mis huesos.

Poema XII de *Algo sobre la muerte*
del mayor Sabines

JAIME SABINES

Morir es retirarse, hacerse a un lado,
ocultarse un momento, estarse quieto,
pasar el aire de una orilla a nado
y estar en todas partes en secreto.

Morir es olvidar, ser olvidado,
refugiarse desnudo en el discreto
calor de Dios, y en su cerrado
puño, crecer igual que un feto.

Morir es encenderse bocabajo
hacia el humo y el hueso y la caliza
y hacerse tierra y tierra con trabajo.

Apagarse es morir, lento y aprisa
tomar la eternidad como a destajo
y repartir el alma en la ceniza.

Poema XIV de *Calacas*

RUBÉN BONIFAZ NUÑO

Me pelas los dientes, Calavera;
te vuelves, otra vez, de azúcar.
Cosas del tiempo; como el mío,
de instantes contados es el tuyo.

Fija una raya inamovible,
me está; reirármela no puedo,
por más prisa que quieras darme,
estás impedida de acercármela.

Un entonces tengo destinado,
en la auora o en el crepúsculo
o en el mediodía de ese entonces,
me abatirán la fiebre, el asma
o la fractura que dispongas.

Por lo pronto, me reconforta
lo que todavía me da gusto,
por mucho que lo hayas tú roído.

Calaverilla, te lo digo;
te lo estoy firmando, Dientoncilla:
antes de eso, lo que aire a Juárez;
no podrás, la víspera, abolirme.

Poema I de *Caza Mayor*

EDUARDO LIZALDE

El tigre real, el amo, el solo, el sol
de los carnívoros, espera,
está herido y hambriento,
tiene sed de carne,
hambre de agua.
Acecha fijo, suspenso en su materia,
como detenido por el lápiz
que lo está dibujando,
trastornada su pinta majestuosa
por la extrema quietud.
Es una roca amarilla:
se fragua el aire mismo de su aliento
y el fulgor cortante de sus ojos
cuaja y cesa al punto de la hulla.
Veteado por las sombras,
doblemente rayado,
doblemente asesino,
sueña en su presa improbable,
la paladea de lejos, la inventa
como el artista que concibe un crimen
de pulpas deliciosas.
Escucha, huele, palpa y adivina
los menores espasmos, los supuestos crujidos,
los vientos más delgados.

Al fin, la víctima se acerca,
estruendosa y sinfónica.
El tigre se incorpora, otea, apercibe
sus veloces navajas y colmillos,
desamarra
la encordadura recia de sus músculos.
Pero la bestia, lo que se avecina
es demasiado grande
–el tigre de los tigres–.
Es la muerte
y el gran tigre es la presa.

Prosa de la calavera

JOSÉ EMILIO PACHECO

*Voz que decía: Da voces. Y yo respondí:
¿Qué tengo que decir a voces? Que toda carne es hierba,
y toda su gloria como flor del campo.*

Isaías 40, 6

(Versión de Casiodoro De Reina y Cipriano De Valera)

A Miguel Cervantes

Como Ulises me llamo Nadie. Como el demonio de los Evangelios mi nombre es Legión.

Soy tú porque eres yo. O serás porque fui. Tú y yo. Nosotros dos. Vosotros, los otros, los innumerables ustedes que se resuelven en mí.

Omnipresente como en Tenochtitlán, donde mi imagen recordaba a todos y a toda hora la conciencia del fin. El fin de cada azteca y la cultura azteca.

Después fui, al punto de convertirme en lugar común, símbolo de la sabiduría. Porque lo más sabio es también lo más obvio.

Como nadie quiere verlo de frente nunca estará de sobra repetirlo:

No somos ciudadanos de este mundo sino pasajeros en tránsito por la tierra prodigiosa e intolerable.

Si la carne es hierba y nace para ser cortada, soy a tu cuerpo lo que el árbol a la pradera; no invulnerable, tampoco perdurable; sí material más empecinado o resistente.

Cuando tú y todos los nacidos en el hueco del tiempo que te fue dado en préstamo acaben de representar su papel en este drama, esa farsa, esta trágica bufa comedia, yo permaneceré por largos años: descarnada desencarnada.

Serena mueca, secreto rostro que te niegas a ver (arráncate la máscara: en mí hallarás tu verdadera cara), aunque lo sabes íntimo y tuyo y siempre va contigo.

Y lleva adentro, en fugaces células que a cada instante mueren por millones, todo lo que eres: tu pensamiento, tu memoria, tus palabras, tus ambiciones, tus deseos, tus miedos, tus miradas que a golpes de luz erigen la apariencia del mundo, tu alejamiento o entendimiento de lo que irrealmente llamamos realidad.

Lo que te eleva por encima de tus olvidados semejantes, los animales, y lo que te sitúa por debajo de ellos: la señal de Caín, el odio a tu especie, tu capacidad bicéfala de hacer y destruir, hormiga y carcoma.

En vez de temerme o ridiculizarme por obra de tu miedo deberías estarme agradecido. Sin mí qué cárcel sería la vida en la tierra. Qué tormento si nada cambiara ni envejeciera. Y durante siglos y siglos de desesperación sin salida la misma gente diera vueltas y vueltas a la misma noria.

Gracias a mí todo es inexpressablemente valioso porque todo es efímero y jamás se repite.

Único es cada instante y cada rostro que en ese instante aflora por el camino vertiginoso que lo conduce hacia mí.

Porque voy con ustedes a todas partes.

Siempre con él, con ella, contigo, esperando sin protestar, esperando.

De los ejércitos de mis semejantes se ha forjado la historia.

De la pulverización de mis añicos está amasada la tierra.

Reino en el pudridero y en el osario, en el campo de batalla y en los nichos en que (por breve tiempo) se venera a las víctimas de lo que ridículamente llaman la gloria.

Y no es sino la maligna voluntad de negarme, el afán estúpido de creer que hay escape y por medio de actos y obras alguien puede vencerme.

Actos y obras llevan también su sentencia de muerte, su calavera invisible; único precio de haber sido.

Contigo, hermana mía, hermano mío, me formé de tu sustancia en el vientre materno. Volverás a la oscura tierra y yo, que en cierta forma soy tu hija, heredaré tu nada y tu nombre.

Seré tus restos, tus despojos, tus residuos, tus sobras: el testimonio de que por haber vivido estás muerto.

Así, quién lo diría, yo –máscara de la muerte– soy la más profunda entre tus señales de vida, tu huella final, tu última ofrenda de basura al planeta que ya no cabe en sí mismo de tantos muertos.

Si bien sólo perduraré por breve tiempo, de todos modos muy superior al que te concedieron.

A menos que me aniquiles con tu carroña, aceleres por medios técnicos o por lo imprevisible el proceso que tarde o temprano conduce a nuestra última patria; la ceniza de que tú y yo estamos hechos.

Y al hacerme desaparecer junto contigo me privas de la última voluptuosidad: sentirme superior a los gusanos que nacen de tu cuerpo a fin de terminar con tu cuerpo (y apenas me rozan con sus viscosidades).

Después de todo me siento afín a ellos porque también soy innombrable.

Pero mientras la carne me disfraza y las células interiores me electrifican soy (al menos para ti; cada una/cada uno) el ombligo del mundo, el centro del universo.

Toda belleza y toda inteligencia descansan en mí –y me repudias. Me ves como señal del miedo a los muertos que se resisten a estar muertos, o a la muerte llana y simple: tu muerte.

Porque sólo puedo salir a flote con tu naufragio. Sólo cuando has tocado fondo aparezco.

Pero a cierta edad me insinúo en los surcos que me dibujan, en los cabellos que comparten mi gastada blancura.

Yo, en tu verdadera cara, tu apariencia última, tu rostro final que te hace Nadie y te vuelve Legión, hoy te ofrezco un espejo y te digo:

Contéplate.

La ropa de los muertos

FRANCISCO HERNÁNDEZ

¿Qué se hace con la ropa de los muertos?

¿Se rasga para no recordar la corpulencia
que animaba sus tonos?

¿Se usa para borrar los ojos
que se desprecian en la aurora?

¿Se tira a la basura como un mapa
que nos sirvió para encontrar tesoros?

¿Se llena de aserrín para espantar
el hambre de los pájaros?

¿Qué se hace con la ropa de los muertos?

Buena es la muerte
ISABEL QUIÑÓNEZ

Buena es la muerte.
Termina el dolor
y el miedo
la dulce muerte.
Ilumina apacible,
no destroza,
el horror
que la prosigue
es obra de la vida

Vine y me iré solo

ARTURO TREJO VILLAFUERTE

Vine y me iré solo
Eso no tiene remedio
La queja es siempre la misma
Sé cuál es el camino
que me lleva
Sé a dónde voy
Sólo espero
después de lo que venga
Ser un árbol frondoso
y que una pareja
haga el amor
bajo mi sombra.

Cuando se hace un minuto de silencio...

VICENTE QUIRARTE

Cuando se hace un minuto de silencio
aumenta la estatura del ausente.
Callarse es homenaje de los vivos
al que no tiene voz pero sí voto.
Sin embargo,
surcan el cielo los aviones,
la esgrima de los cubiertos y los platos,
las copas dos veces transparentes
son preludio del próximo banquete;
el teléfono, la tos intempestiva
interrumpen el tiempo consagrado.
Al guardar un minuto de silencio,
la vida es dos veces con sus ansias.

La ventana se cerró de golpe

JORGE ESQUINCA

La ventana se cerró de golpe. Afuera todo el cielo era nubes, grises, viento. Una muchacha con un vestido rojo avanzaba por la avenida, frente a las jardineras. No había nadie más, ella avanzaba de sur a norte, entre ráfagas de viento con su vestido rojo y una bolsa negra colgándole del hombro. Entre cielo y suelo. Mi madre, que murió de cáncer, era Leo. No tarda en llover y va a mojarse, pensé. El cabello negro y lacio atado con una cinta blanca. Mi madre, que era solar y abierta, murió de un cáncer oculto tras el páncreas. Murió de algo escondido, en la entraña. No había más, ella avanzaba. Y los zapatos blancos.

[Veinticinco centavos, por el amor de Dios]

HERNÁN BRAVO VARELA

Mi padre muerto vino el otro día.
Me dejó dos cobijas y una almohada
y se volvió a morir como solía.

Estaba oscuro, pero todavía
puedo verme temblando en su mirada.
Mi padre muerto vino el otro día.

Ni cuento de terror ni brujería:
mi padre apareció como si nada
y se volvió a morir como solía.

Con todo y que murió de neumonía,
lo vi muy tarde, ya de madrugada.
Mi padre muerto vino el otro día.

Apenas me duró su compañía
lo que tarda en hacerse una redada
y se volvió a morir como solía.

En su ausencia, llegó la policía
y dejé las cobijas y la almohada.
Mi padre muerto vino el otro día
y se volvió a morir como solía.

y se cortó la leche.

El gato dejó un canario muerto a mis pies.

Por suerte se encuentran asentados

los datos de la finada: lugar

del fallecimiento

destino

del cadáver:

inhumación.

En el instante de tu muerte

me miró el Jesús que tenías colgado en la escalera.

Las conchas que coleccionabas empezaron a sangrar sal.

Masaje cardiaco paro respiratorio. Midriasis.

El reloj de la sala se detuvo.

Y sabemos

exactamente dónde en cuál sitio del tiempo

en qué momento del espacio moriste.

Si despertamos un día con la duda

podemos de esa forma despejarla.

Ita ve´e

NADIA LÓPEZ GARCÍA

*Mii nikanchii kaku ra ve´e chico cempasuchitl
ra tuyutsa.*

*Yúú ntakiintachi kuee,
ve´e koo kusu
ra tútu tsa kachi mii ñu´un.*

*Ve´e koo viko
yee nchaá ita, kua´a ra kuan.
yee ñá´an kúnú ñuú,
xaa staa ra ntakuatu ñuuku,
ntakuatu se´e.*

*Nuu ve´e anka tikoso ña kuaku
ana koo kusu ra kunchatu
in se´é, in kuu ini, in tu´un
in sivi chito ñu´un.*

Nuu ve´e yee ita, kunchatu ita.

Casa flor

NADIA LÓPEZ GARCÍA

El sol nace y la casa ya huele a cempasúchitl
y ocote.

Las piedras respiran despacio,
la casa despierta
y la leña habla en el fuego.

En esta casa no hay nubes,
hay flores azules, rojas y amarillas.
Hay mujeres que tejen palma,
hacen tortillas y rezan por sus tierras,
por sus hijos.

En esta casa hay grillos que lloran,
corazones que no duermen y esperan
un hijo, un amor, una palabra...
un nombre junto al fuego.

En esta casa hay flores,
flores de espera.

Semblanza de mi muerte

AMPARO DÁVILA

Que no muera
un día nublado y frío
de invierno
y me vaya tiritando
de frío y de miedo
ante lo desconocido,
ese mundo de sombra
sin rostro
que camina siempre
a mi lado,
o me aguarda
al doblar la esquina,
ese misterio insondable
que no logramos develar
y que angustia
y perturba la existencia.
Quiero irme
un día soleado
de una primavera reverdecida
llena de brotes y retoños
de pájaros y de flores,
a buscar
mi Jardín del Edén,
mi Paraíso Perdido

y gozar de los frutos
de la vid y de la higuera,
el perfume de los cerezos
y los naranjos en flor
y el calor del sol
que no se oculta nunca.

Epílogo

«No hay palabras», decimos al dar el pésame ritual a la persona más próxima al que se ha ido. Sí existen palabras, lo que falta es encontrarlas, blindarse en su armadura y tener la convicción de que nombrar a la sombra es un modo de hacerla nuestra, de aliviar el temor a la cita a la que tarde o temprano todos acudiremos.

Los grandes maestros que han formado a varias generaciones están aquí presentes: el que habla del acabamiento de una lengua y lo equipara a una catástrofe cósmica o el que se acerca de modo irreverente a la que a todos nos iguala y nos hermana. Mujeres y hombres de palabra levantan la voz para dar su respectivo testimonio acerca de la partida del otro o para conjeturar sobre lo que se encuentra en la otra orilla.

En los momentos actuales, vivimos una situación inédita que nos obliga a reflexionar sobre el sentido de la vida. Desde la Universidad, bastión de la libertad de pensamiento, sentimos el deber de ayudar a la nación de la que somos deudores y, en la medida de nuestras posibilidades, mejorar el planeta del que somos transitorios y afortunados ocupantes.

Figuran en esta muestra, que no pretende ser exhaustiva, diversas perspectivas y puntos de vista, obra de poetas mexicanos, desde el poema náhuatl que da título y sentido a esta antología hasta autores recientes, cuya juventud es prueba de su entusiasmo, su presente y su futuro. Varios de estos versos integran lo más

alto de nuestra lengua pero, lo que es más importante, forman parte de nuestro patrimonio espiritual.

El presente es un homenaje a quienes ya no se encuentran de manera tangible entre nosotros, pero que nos acompañan, iluminan y fortalecen. Ésta es una celebración desde la vida. Quiere ser un mensaje esperanzador, antes que una elegía a los ausentes presentes.



Vicente Quirarte

Índice

- 5 **Presentación** } ENRIQUE GRAUE WIECHERS
- 6 *Ihcuac thalhtolli ye miqui / Cuando muere una lengua*
MIGUEL LEÓN-PORTILLA
- 10 *Temilotzin icuic / Poema de Temilotzin*
traducción de MIGUEL LEÓN-PORTILLA
- 12 *Procura desmentir los elogios que a un retrato
de la poetisa inscribió la verdad, que llama pasión*
SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ
- 13 *Ante un cadáver*
MANUEL ACUÑA
- 19 *Para entonces*
MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA
- 20 *En paz*
AMADO NERVO
- 21 *En memoria de mi perro*
LUIS G. URBINA
- 26 *Gavota*
RAMÓN LÓPEZ VELARDE
- 28 *Último viaje*
ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ
- 29 *La señal funesta*
ALFONSO REYES
- 31 *Décima muerte*
XAVIER VILLARRUTIA

- 36 *Día trece. El martes, de Sinbad el varado*
GILBERTO OWEN
- 37 *Si hubieras sido tú...*
ELÍAS NANDINO
- 40 *Borrador para un testamento*
EFRAÍN HUERTA
- 44 *Poema X de “Trayectoria del polvo”*
ROSARIO CASTELLANOS
- 46 *La tristeza terrestre*
MARGARITA MICHELENA
- 49 *Funerales I*
JAIME GARCÍA TERRÉS
- 50 *Poema XII de Algo sobre la muerte del mayor Sabines*
JAIME SABINES
- 51 *Poema XIV de Calacas*
RUBÉN BONIFAZ NUÑO
- 52 *Poema I de Caza mayor*
EDUARDO LIZALDE
- 54 *Prosa de la calavera*
JOSÉ EMILIO PACHECO
- 59 *La ropa de los muertos*
FRANCISCO HERNÁNDEZ
- 60 *Buena es la muerte*
ISABEL QUIÑÓNEZ

SÓLO UN BREVE INSTANTE AQUÍ

- 61 *Vine y me iré solo*
ARTURO TREJO VILLAFUERTE
- 62 *Cuando se hace un minuto de silencio*
VICENTE QUIRARTE
- 63 *La ventana se cerró de golpe*
JORGE ESQUINCA
- 64 *[Veinticinco centavos, por el amor de Dios]*
HERNÁN BRAVO VARELA
- 65 *Acta de defunción*
ELISA DÍAZ CASTELO
- 68 *Ita ve'e / Casa Flor*
NADIA LÓPEZ GARCÍA
- 70 *Semblanza de mi muerte*
AMPARO DÁVILA
- 72 Epílogo } VICENTE QUIRARTE

SÓLO UN BREVE INSTANTE AQUÍ

Elogio de la ausencia presente

editado por la Universidad Nacional Autónoma de México,
se terminó de imprimir el 2 de noviembre de 2020 en los talleres de
Gráfica Premier, S. A. de C. V., ubicados en 5 de Febrero núm. 2309,
colonia San Jerónimo Chicahualco, C. P. 52170,

Metepec, Estado de México. En su formación se emplearon
las fuentes Athelas { Veronika Burian y José Scaglione, 2008 }
y Berthold Akzidenz Grotesk { Günter Gerhard Lange, 1896 }

El tiraje fue de 2,000 ejemplares impresos en offset
en papel Bond blanco de 120 g a dos tintas.

Diseño de portada e ilustración: MANUEL MONROY

Diseño editorial y formación: REGINA OLIVARES

Cuidado de la edición: ODETTE ALONSO YODÚ

y ALEJANDRO SOTO VALLADOLID

Coordinación editorial: ELSA BOTELLO L.